

XXX. ¿Daremos preferencia á Epicuro? Verdad es que carneades, arrastrado por el ardor de la discusión, en tanto dice una cosa y en tanto otra. ¿Mas qué piensa aquél? Seguramente nada noble y levantado; ¿y cómo colocarle por encima de Sócrates y Platón, cuyas opiniones, hasta sin demostración, vencerían con su propia autoridad las de todos esos pequeños filósofos? Manda, pues, Platón que nos preparemos al reposo con régimen que ponga nuestros espíritus al abrigo de turbación y error. Hasta se cree que se prohibió á los Pitagóricos el uso de las habas, porque esta comida flatulenta es contraria á la tranquilidad del espíritu y á la investigación de la verdad. Así, pues, cuando por el sueño queda separado el espíritu del comercio y contagio del cuerpo, recuerda el pasado, ve con claridad el presente y prevé el porvenir. Durante el sueño, nuestro cuerpo yace inerte como muerto; el espíritu, por el contrario, está lleno de fuerza y de vida, menos sin embargo que después de la muerte, cuando quedará completamente despojado de su envoltura. Así es que, cuanto más se acerca este momento, es mucho más divino. Los atacados de enfermedad grave y mortal, prevén el instante de morir. Con frecuencia en este trance supremo ven las imágenes de los que fueron; esfuérganse en hacerse dignos de alabanza, y en estos instantes también los que no vivieron como debían, arrepíentense profundamente de sus faltas. Para demostrar que los moribundos adivinan, recuerda Posidonio el ejemplo de aquel Rodiano que en la agonía citó á seis contemporáneos, y dijo cuál sería el primero, cuál el segundo, y así sucesivamente cómo irían muriendo. El mismo filósofo cree que los hombres reciben de los Dioses los sueños de tres maneras diferentes: primera, cuando el espíritu prevé por sí mismo, en virtud de su afinidad con los Dioses; segunda, cuando comunica con las almas inmortales, que llenan el aire y que llevan, por decir o así, el sello de la verdad; tercera, cuando los Dioses se

dignan conversar con nosotros durante el sueño. Como há poco he dicho, la proximidad de la muerte facilita el conocimiento del porvenir. De aquí la predicción de Calano, que antes cité, y aquella de Héctor que, según Homero, anuncia, al morir, la muerte de Aquiles.

Si nada de esto existiese, el uso no habría aprobado estas locuciones:

«Cuando salía de casa presentía que salía en vano.»

*Sagire*, es sentir con penetración, por lo que se llama *sagax* á las viejas que quieren saberlo todo, y también se dice sagaces á los perros. Al que prevé (*sagit*) un acontecimiento antes de que se realice, llámasele *presager*, es decir, que siente lo venidero.

XXXI. Existe, pues, en nuestros ánimos facultad de presentir, que recibimos del exterior y que nos han concedido los Dioses. Cuando, separado nuestro espíritu de la materia, se abrasa en divino entusiasmo, excitada vivamente esta facultad, llámase furor.

«¡Cómo! ¡esa joven antes tan prudente, esa virgen tan modesta, lanza de pronto miradas ardientes y extraviadas?—¡Oh madre excelente, exclama, oh la mejor de las esposas, condenada estoy al delirio y á los furros proféticos! Apolo, el Dios sin piedad, me revela el porvenir privándome de la razón. ¡Oh vírgenes mis compañeras, oh padre mío, cuán deplorable es mi suerte! ¡y á tí, madre mía, cuánto te compadezco por mi causa! Excepto yo, todos tus hijos han sido fieles á Príamo; duéleme que ellos le sirvan y obedezcan con abnegación, y yo sola me atreva á oponerme y desobedecer.»

¡Cuánta ternura, delicadeza y verdad! pero esto es lo que menos importa. Buscamos la expresión del furor profético.

«Mira, mira la antorcha incendiaria y sangrienta: por mucho tiempo oculta, brilla al fin. Acudid á extinguirla, ciudadanos.»

Un Dios revestido con la forma humana, y no Casandro, es quien habla:

«Ya surca los mares la flota fatal, trayendo la muchedumbre de nuestras desgracias; viene á velas desplegadas y echa en la playa á nuestros implacab'les enemigos.»

XXXII. {Páreceme que se dirá que todo esto son tragedias y fábulas. Pero te he oído referir un hecho bien comprobado y del mismo género: C. Componio, varón prudente é instruído, cuando mandaba como propretor la flota de los Rodianos, fué á verte en Dyrrhaquio para decirte que un remero de una quinquerre de Rodas le había profetizado que antes de treinta días nadaría en sangre la Grecia, que Dyrrhaquio sería saqueada, que se correría apresuradamente á las naves, y que en la fuga se experimentarí el dolor de verlo todo incendiado á la espalda; pero que la flota rodiana encontraría muy pronto abrigo en los puertos de su patria. No ocultaste tú los temores que te invadían cuando los doctos varones M. Varrón y M. Catón, que se encontraban presentes, experimentaron profunda emoción. Pocos días después, Labieno, fugitivo, anunció la derrota de Farsalia y la pérdida del ejército, realizándose muy pronto el resto de la predicción. Saquearon los graneros, derramando en las calles y plazas públicas el trigo arrebatado. Dominados por el terror, corristeis á las naves, y á la noche siguiente, al mirar hacia la ciudad, visteis arder todos los barcos de carga, á los que los soldados habían prendido fuego porque no querían seguir; en fin, abandonados por la flota rodiana, reconocisteis la verdad de la predicción.

Con la brevedad posible he expuesto los oráculos procedentes del sueño y del furor, en los que no interviene el arte, según dije. Estos dos géneros de adivinización tienen el mismo origen; por cuya razón solía decir nuestro Cratippo que el alma humana es en parte independiente del cuerpo y tiene origen exterior, entendiendo por esto que

existe un espíritu divino del que el nuestro es emanación, pero que una parte del alma humana, asiento de la sensación, del movimiento y del apetito, es inseparable del cuerpo; mientras que la otra parte, racional é inteligente, sólo por el aislamiento completo de la parte material de nuestro sér llega á su grado máximo de vigor. Después de citar ejemplos de vaticinios y sueños verdaderos, concluye Cratippo con este raciocinio: Así como sin ojos no pueden existir el uso y funciones de estos órganos, así también puede acontecer muchas veces que los ojos no desempeñen sus funciones, pero el que una vez se ha servido de los ojos para ver un objeto real, está completamente dotado del sentido de la vista; de la misma manera, sin la adivinación no puede existir el uso y las funciones de la adivinación. Pero como aquel que la tiene puede engañarse algunas veces, y no adivinar bien, basta para hacer constar la verdad de la adivinación, que haya adivinado una vez de tal manera que no pueda atribuirse á la casualidad. Ahora bien, contamos multitud de hechos de este género; luego debemos confesar que existe adivinación.

XXXIII. En cuanto á las adivinaciones por conjeturas ó fundadas en larga observación de acontecimientos, ya dije que no son propias de la naturaleza sino del arte, perteneciendo á los augures, arúspices y á cuantos tienen por oficio conjeturar. Los Peripatéticos reprueban estas adivinaciones, y los Estoicos las prohíben. Descansan unas de ellas en reglas reunidas en cuerpo de doctrina, como lo demuestran los escritos de los Etruscos acerca de las entrañas de las víctimas, los relámpagos y rayos, así como también nuestros propios libros augurales. Fúndanse otras en alguna conjetura repentina, como la de Calcas que vemos en la *Ilíada* predecir, por el número de aves, la duración del sitio de Troya: tal es también la que leemos en el historiador Sisenna, y de la que fuiste testigo. Encontrándose Sila, dice, en las cercanías de Nola, sacrificaba de-

lante del pretorio, cuando salió de pronto una serpiente de debajo del ara; el arúspice C. Postumio le exhortó entonces á que mandase marchar al ejército, como lo hizo Sila, apoderándose del formidable campamento que habían formado los Samnitas alrededor de Nola. También fué objeto de una conjetura Dionisio, poco antes de su usurpación. Caminando por los campos Leontinos, habiendo echado pie á tierra, metió en el río al caballo, que desapareció bajo el agua. No habiendo podido Dionisio sacarlo, á pesar de sus grandes esfuerzos, se marchaba muy contristado, dice Filistus, cuando poco más lejos oyó de pronto un relincho; volviéndose, vió con regocijo á su caballo vivo, en cuyas crines se había posado un enjambre de abejas. Confirmación de este prodigio fué que á los pocos días comenzó Dionisio á reinar.

XXXIV. ¿Cuántas señales anunciaron á los Lacedemonios la derrota de Leuctra? Las armas depositadas en el templo de Hércules chocaron unas con otras, y la estatua de este Dios se cubrió de sudor. Al mismo tiempo, según refiere Calístenes, se abrieron en Tebas las puertas del templo de Hércules cerradas con barras transversales, y las armas, colgadas antes en las paredes, se encontraron en el suelo. En el mismo día, en Livadia, durante el sacrificio á Trophonio, comenzaron á cantar los gallos, sin que nadie pudiese acallarlos, por lo cual dijeron los augures beocios que la victoria era de los Tebanos; porque estas aves callan cuando son vencidas y cantan cuando triunfan. Numerosas señales anunciaban en la misma época á los Lacedemonios la derrota de Leuctra. Vióse en Delfos una corona de hierbas rudas y silvestres sobre la cabeza de Lisandro, uno de los Lacedemonios más esclarecidos. Estos mismos habían consagrado en el templo de Delfos estrellas de oro, como símbolo de Cástor y Pólux (porque pretendían haberlos tenido á su lado en el combate naval en que Lisandro derrotó á los Atenenses), estrellas que ca-

yeron poco antes de la batalla de Leuctra sin que volvieran á encontrarse. Pero sobre todo, fué mal presagio para los Espartanos, cuando los que habían enviado á consultar el oráculo de Júpiter Dodóneo acerca de la victoria, habiendo colocado ya delante de ellos la urna que encerraba las suertes, un mono que formaba las delicias del rey de los Molosos, la derribó desparramando las suertes y turbando los preparativos de la ceremonia. La sacerdotisa que presidía estos oráculos dijo entonces, según se asegura, que los Lacedemonios debían pensar en su salvación y no en la victoria.

XXXV. ¿Y qué? ¿durante la segunda guerra púnica, C. Flamínio, cónsul por segunda vez, no despreció los presagios con profundo daño de la República? Cuando después de revistar el ejército y de los acostumbrados sacrificios marchaba sobre Arrecio para atacar á Anníbal, de pronto, sin causa aparente, cayó con su caballo delante de la estatua de Júpiter Stator, y con menosprecio de la opinión de los peritos, que veían en aquello una advertencia de los Dioses, persistió en librar la batalla. También aconsejó el arúspice, cuando se consultó los gallos sagrados, que se demorase el día del combate. Entonces preguntó Flamínio qué harían si se obstinaban los gallos en no comer; y habiendo contestado que permanecer en reposo, exclamó Flamínio: «¡Magníficos auspicios que nos mandan obrar ó descansar, según que los gallos tienen ó no apetito!» Y en seguida mandó levantar las enseñas y seguirle. En aquel momento, no habiendo podido el portaenseña de la primera línea, á pesar del auxilio de varios soldados, arrancar el asta clavada en el suelo, advertido del caso Flamínio, según su costumbre, despreció este nuevo presagio. Tres horas después el ejército estaba destruido y él mismo muerto. Durante aquel desastroso combate, añade Celio, sintiéronse en la Liguria, en la Galia, en muchas islas y en toda Italia, tan violentos terremotos,

que se derrumbaron ciudades, se abrió el suelo, cayeron montañas y retrocedieron las corrientes de los ríos rechazadas por las olas del mar.

XXXVI. Los peritos adivinan con seguridad por medio de conjeturas. Siendo niño el frigio Midas, las hormigas reunieron en su boca, estando dormido, granos de trigo. Predijose que adquiriría inmensas riquezas y así sucedió. Durmiendo Platón en la cuna, se posaron abejas en sus tiernos labios, y se predijo que su oratoria sería extraordinariamente dulce: de esta manera se anunció su elocuencia antes de que pudiese hablar. ¿Qué más? Roscio, tu amor y delicias, ¿es un impostor ó miente por él toda la ciudad de Lanuvio? En Solona, pueblo cercano á Lanuvio, donde pasó su infancia, habiendo despertado su nodriza durante la noche, y habiendo acercado una luz, vió al niño dormido y rodeado por los numerosos pliegues de una serpiente. Aterrada al ver aquello, lanzó un grito. El padre de Roscio consultó á los arúspices, quienes le contestaron que no tendrían iguales la gloria y celebridad de aquel niño. Praxiteles cinceló en plata este acontecimiento, y nuestro amigo Archias lo celebró en verso.

¿Qué más queremos? ¿que los Dioses inmortales vengan á conversar con nosotros en el Foro, en las calles y en las casas? Si no se presentan á nuestra vista, ¿no extienden su poder por todas partes, penetrando, tanto en las profundidades de la tierra, como en nuestra propia naturaleza? Porque la Pitonisa de Delfos recibía sus inspiraciones de una fuerza subterránea y la Sibila de sí misma, ¿no vemos cuán variadas y diferentes son las propiedades de la tierra? Unas partes de ésta son mortales, como Ampsancta en Hirpinis, y Plutonia en Asia, regiones que hemos visto. Esta comarca es pestilencial, aquella saludable; aquí es agudo el ingenio de los habitantes, allá obtuso. Estas cosas provienen de la diferencia de clima y de las diferentes emanaciones del suelo.

XXXVII. Ocurre algunas veces también que se excite el espíritu por algunos espectáculos, acentos, cánticos; y en muchas ocasiones producen igual efecto el dolor y el temor; como aquella que:

«Fuera de sí, como una bacante, llora entre las tumbas á su Teucro.»

Pero esta misma excitación del espíritu atestigua influencia divina. Por esta razón asegura Demócrito que nadie puede ser gran poeta sin experimentar este delirio. Lo mismo piensa Platón, que si le place llamar furor á este estado del espíritu, es indudable que habla de él en su *Pedro* en términos magníficos, pero ¿qué digo? ¿tu elocuencia en el Foro, tu acción oratoria podría ser vehemente, grave y fecunda si tu espíritu no se excitase con viveza? Así es la verdad, y lo he visto repetidas veces en tí, y hasta (descendiendo á cosas más pequeñas) en tu amigo Esopo, cuyas facciones revelaban tanta animación, tanta energía sus ademanes, que parecía que fuerza superior le sustrata al imperio de su propio espíritu. Frecuentemente también vemos apariciones que nada tienen de reales. Esto es, según dicen, lo que ocurrió á Breno y á su ejército de Galos, cuando su jefe se atrevió á volver armas sacrílegas contra el templo de Apolo Delfo. Refiérese que la Pitonisa pronunció entonces este oráculo:

«Las vírgenes blancas y yo proveeremos.»

Por lo que cuando creían que iban á combatir con ellos vírgenes armadas sucumbió bajo la nieve el ejército de los Galos.

Aristóteles pretende que los enfermos en delirio y los melancólicos tienen en el ánimo algo divino que presagia lo futuro. Por mi parte creo que ni á los cardiacos ni á los frenéticos puede atribuirse esta facultad, porque la adivinación pertenece á la mente sana y no al cuerpo enfermo.

XXXVIII. Que la adivinación existe realmente se de-

duce por este raciocinio de los Estoicos. Si hay Dioses y éstos no hacen conocer lo venidero á los hombres, ó no aman á los hombres, ó ellos mismos ignoran lo futuro, ó consideran que el conocimiento de lo venidero no nos interesa, ó creen que no es propio de la majestad divina anunciarnos las cosas que han de suceder, ó, en último caso, los mismos Dioses no pueden comunicarnos este conocimiento. Pero nos aman, son benéficos y generosos con nosotros; no pueden ignorar lo que está decretado según sus propios designios; saben que nos interesa el porvenir, y que nuestra prudencia aumenta en proporción de este conocimiento; no pueden considerar estas advertencias impropias de su majestad, porque nada hay superior á la benevolencia, ni tampoco pueden ignorar lo venidero. Si no existen Dioses, no hay señales de lo futuro: pero existen Dioses; luego nos instruyen de lo venidero. Siendo esto así, nos dan medio para comprender las señales, que de otra manera serían inútiles: este medio es la adivinación; luego la adivinación existe.

XXXIX. Este raciocinio emplearon Crisippo, Diógenes y Antipáter. ¿Qué argumento podrá destruir esta verdad tan bien demostrada? Si está de mi parte la razón; si los acontecimientos, los pueblos, las naciones, los Griegos y los bárbaros; si nuestros antepasados mismos pensaron de esta manera; si los filósofos más eminentes, si los poetas y los varones más famosos por su ciencia, si los que fundaron repúblicas y ciudades en todo tiempo creyeron lo mismo, ¿esperaremos á que hablen los animales y no podremos contentarnos con el consentimiento unánime de los hombres?

Contra los diferentes géneros de adivinación que he mencionado, solamente puede objetarse que es difícil decir cuál sea la causa y razón de cada uno de ellos. ¿Puede explicar un arúspice por qué una incisión en el pulmón, hasta cuando las entrañas son favorables, significa prorro-

gación y aplazamiento? ¿Puede decir un augur por qué volando el cuervo á la derecha y la corneja á la izquierda ratifican lo que se intenta hacer? ¿y el astrólogo, por qué la conjunción de Júpiter y Venus con la Luna es favorable al niño que nace, y contraria la de Saturno y Marte? ¿Por qué nos advierten siempre los Dioses cuando dormimos, y no lo hacen cuando estamos despiertos? ¿Por qué Casandra delirante predice lo futuro, mientras que el prudente Príamo no puede hacerlo? ¿Me preguntas la razón de todas estas cosas? Muy bien. Pero no es esta la cuestión. ¿Existen ó no existen? De esto tratamos. Sería como si dijese que el imán es una piedra magnética que atrae el hierro, y que no pudiendo darte cuenta de este hecho, creyeses que podrías negarlo. Esto mismo haces con respecto á la adivinación que vemos, que hemos oído, que hemos leído y que nos transmitieron nuestros padres. Antes de la filosofía nacida poco ha, nadie se hubiese atrevido á dudar de estas cosas. Desde el conocimiento y progreso de la filosofía, ningún filósofo revestido de autoridad opinó de otra manera. He citado á Pitágoras, Demócrito, Sócrates, no exceptuando de los antiguos más que á Xenófanes, y al testimonio de todos éstos he añadido el de la antigua Academia, el de los Peripáticos y Estoícos. El único que disiente es Epicuro; ¿pero no proclamó él la torpe máxima de que no existe virtud desinteresada?

XL. ¿A quién no convencerá creencia tan antigua, confirmada por tan esclarecidas autoridades? Homero escribe que Calcas, jefe de la flota de los Griegos, fué excelente augur. Creo que debió su gloria á su conocimiento de los auspicios, antes que al de los lugares. Anfíloco y Mopso, reyes de los Argivos, también fueron augures y construyeron ciudades griegas en el litoral de Cilicia. Más antiguamente aún Amfiarao y Tiresias, que no deben contarse entre los vulgares y oscuros impostores que, según dice Ennio, «inventan falsas respuestas por deseo de lucro,»

sino que fueron varones eminentes y célebres, predijeron lo futuro, instruidos por señales y vuelo de las aves. El mismo Homero dice, hablando de Tiresias, que es el único que ha sabido conservar la razón entre las errantes sombras de los infiernos. Toda la Grecia honra á Amfiarao, habiéndole colocado en el rango de los Dioses, yendo á pedirle oráculos al sitio en que está sepultado. ¿Qué más? ¿el rey del Asia, Príamo, ¿no vió á su hijo Heleno y á su hija Casandra profetizando uno por augurios, la otra por agitación de la mente é inspiración divina? En nuestra historia leemos que los hermanos Marcio, nacidos de ilustre familia, fueron célebres antiguamente por iguales dones. ¿No nos dice también Homero que Polydio el Corintio predijo muchas cosas á los que marchaban á Troya, entre ellas la muerte de su propio hijo? Entre los antiguos, los que regían los negocios públicos desempeñaban también el cargo de augures; porque entonces se creía que la adivinación, así como la sabiduría, era atributo real. Así vemos en nuestra historia que los reyes eran augures; y más adelante los particulares, revestidos del mismo sacerdocio, gobernaron la república por la autoridad de la religión.

XLI. Ni las naciones bárbaras abandonaron los diferentes géneros de adivinación: así es que la Galia tiene sus druidas, entre los que he conocido á Diviciaco Æduum, tu huésped y panegirista, quien pretendía conocer las causas naturales, ciencia que los Griegos llamaban fisiología, y predecir lo futuro, parte por augurios y parte por conjeturas. En Persia son los magos augures y adivinos; y de la misma manera que hacéis vosotros en otro tiempo en las nonas, se reúnen en un templo para departir y consultar unos con otros. Nadie puede ser rey de Persia si no estudia la ciencia y doctrina de los magos. Encuéntranse familias y naciones dedicadas enteramente á este estudio. Telmeso, ciudad de Caria, es notable por la ciencia de sus arúspices. Elis, en el Peloponeso, tiene dos familias, una de Ya-

mides y otra de Clitides, en las que se perpetúa la nobleza augural. Los Caldeos, en Asiria, célebres por la sagacidad de su ingenio, descuellan en el conocimiento de los astros. La Etruria ha hecho sabias observaciones acerca de las fulguraciones y sobre el arte de interpretar los monstruos y pórtentos. Así es que en la época de nuestros mayores y cuando florecía este imperio, el Senado decretó que se confiase á cada pueblo de la Etruria seis hijos de las mejores familias para que estudiasen cuidadosamente esta doctrina, por temor de que arte tan importante, si lo ejercían gentes de baja estofa, perdiese de su autoridad religiosa y degenerara en profesión mercenaria. Los Frigios, los Psidianos, los Cilicios, los Arabes tienen especial fe en los presagios que suministra el vuelo de las aves: dicese que en la Umbría se hace lo mismo.

XLII. Paréceme que de la diversidad de lugares se deduce el origen de las diferentes adivinaciones practicadas por los habitantes. Así, pues, los Egipcios y Babilonios, residiendo en extensas llanuras, en las que ninguna eminencia se opone á la observación del cielo, se han dedicado por completo al estudio de las estrellas; los Etruscos, por su parte, dominados más profundamente por el espíritu religioso, se dedicaron con especialidad á la inspección de las entrañas de las numerosas víctimas que sacrificaban; además, como la densidad del aire de la Etruria da con frecuencia ocasión á fenómenos inesperados, tanto del cielo como de la tierra, concepciones monstruosas entre los hombres y entre los animales, adquirieron grande experiencia en la interpretación de los prodigios. Las palabras tan prudentemente adoptadas por nuestros padres, como tú mismo has observado, expresan con exactitud estas diferentes ideas, y de la significación de ostentar, anunciar, mostrar, predecir, procedieron anuncio, portento, monstruo, prodigio. Los Arabes, los Frigios, los Cilicios, pueblos pastores que tanto en invierno como en

selvas, la vista de un río, la inmensidad de los mares les conmueven, y entonces, delirantes, penetran muy lejos en lo venidero. A esta adivinación pertenece aquélla:

«¡Mirad, mirad! Entre tres Diosas pronuncia memorable juicio, y este juicio trae en medio de nosotros una mujer lacedemonia, una de las furias.»

Muchos acontecimientos se han predicho de esta manera, no solamente en el lenguaje común, sino que también

«En los versos que cantaban en otro tiempo los vates y los faunos.»

A este número pertenecen los cantados por Marcio y Publio, y también podemos unirles las misteriosas respuestas del oráculo de Apolo. Creo además que existían ciertas emanaciones terrestres á propósito para enardecer la mente y que pronunciase oráculos.

LI. Esta es ciertamente la razón de los vaticinios, que sin duda es la misma de los sueños; porque estando dormidos nos ocurre lo mismo que á los adivinos despiertos. Nuestra alma se encuentra entonces libre de cuidado, estando el cuerpo yacente y como muerto. Viviendo desde toda la eternidad y acostumbrada al comercio con multitud de almas, ve todo lo que encierra el orden entero del universo, siempre que la templanza y sobriedad la permitan velar durante el letargo del cuerpo. Esta es la adivinación por los sueños. Aquí empieza la interpretación, no natural, sino artificial, de los sueños, según el método de Antiphón, aplicable también á los oráculos y vaticinios, que tienen intérpretes como los gramáticos lo son de los poetas. Así como la naturaleza divina habría criado inútilmente el oro, la plata, el cobre y el hierro, si al mismo tiempo no nos hubiesen enseñado el modo de llegar hasta sus venas; así como los frutos de la tierra y de los árboles serían inútiles al género humano si no conociésemos sus condiciones y cultivo, y todos los materiales quedarían sin

ces y en cuántas circunstancias importantes obedeció este cuerpo las decisiones de los arúspices? Así, pues, cuando se vieron dos soles y después tres lunas, cuando se observaron fuegos en el cielo, cuando se oyeron estremecimientos celestes, y cuando se entreabrió el cielo apareciendo globos de fuego; en fin, cuando anunciaron al Senado que habían desaparecido en insondable abismo los campos privernatos y que tremendos terremotos habían quebrantado la Apulia, presagios que anunciaban al pueblo romano grandes guerras y desastrosas sediciones, en todas estas circunstancias, las respuestas de los arúspices concordaron con los versos de la Sibila. ¡Cómo! ¿el sudor de la estatua de Apolo de Cumas y el de la Victoria de Capua, el nacimiento de un hermafrodita, no ofrecerán nada monstruoso y fatal? ¡Cómo! ¿cuando un río arrastra aguas ensangrentadas, cuando llueven piedras y hasta sangre, y algunas veces tierra y hasta leche; cuando hirió el rayo al centauro del Capitolio, las puertas del Aventino, y mató hombres, no respetando tampoco el templo de Cástor y Pólux, en Túsculo, ni el de la Piedad, en Roma, habiéndose consultado á los arúspices, no anunciaron lo que había de suceder, y sus predicciones no se encontraron también en los libros de la Sibila?

XLIV. Durante la guerra Mársica, á consecuencia de un sueño de Cecilia, hija de Quinto Metelo, el Senado mandó reconstruir el templo de Juno Conservadora. Después de consignar la maravillosa conformidad de este sueño con el hecho mismo, Sisena, instigado sin duda por algún Epicúreo, trata audazmente de probar que no debe prestarse fe á los sueños. Sin embargo, este mismo historiador nada dice en contra de los prodigios, y refiere que en los comienzos de la guerra Mársica sudaron las estatuas de los Dioses, cayó sangre del cielo y corrió en arroyos, voces secretas anunciaron peligros públicos, y las ratas royeron los escudos de Lanuvio, presagio que los arúspices

consideraron muy funesto. ¿Y qué? en nuestros Anales vemos que durante la guerra de Veias, habiendo aumentado considerablemente las aguas del lago de Albano, uno de los principales habitantes de la ciudad vino á nosotros y nos dijo que estaba escrito en el libro de los destinos de Veyas que no podría tomarse la ciudad mientras estuviesen desbordadas las aguas del lago; que si aquellas aguas corrían hacia el mar, el pueblo romano experimentaría desastrosos efectos, y que si, por el contrario, se las daba otra salida, obtendríamos grandes ventajas. Tal es la causa de los admirables trabajos que realizaron nuestros antepasados para desviar las aguas del lago. Mas cuando los Veyanos, extenuados por la guerra, enviaron legados al Senado, según se refiere, uno de ellos declaró que el desertor no se atrevió á decirlo todo, y que también estaba escrito en el libro de los destinos de Veyas «que los Galos tomarían muy pronto á Roma;» como efectivamente aconteció seis años después de la captura de Veyas.

XLV. Con frecuencia también se han oído voces de faunos en medio de las batallas; y en circunstancias apuradas base creído escuchar voces ocultas y proféticas. Entre multitud de ejemplos semejantes, son muy importantes los dos siguientes. Poco tiempo antes de la captura de Roma, una voz que salía del bosque de Vesta, que se extiende desde el pie del Palatino hacia la calle Nueva, dijo que se reparasen las murallas y las puertas; y que si no se cuidaba de ello, Roma sería tomada.» Despreciado este aviso cuando era tiempo aún, apareció muy claro después del desastre que anunciaba. Entonces se levantó enfrente de aquel paraje á Aio Locuente el altar que todavía vemos rodeado por un vauo. Muchos historiadores refieren también que, á consecuencia de un terremoto, una voz que salió del templo de Juno, en la fortaleza, pidió el sacrificio «de una cerda preñada.» De aquí el nombre de Consejera que se dió á aquella Juno. ¿Despreciare-

mos estas advertencias de los Dioses y estos juicios de nuestros antepasados?

No solamente observaron los Pitagóricos las palabras de los Dioses, sino que también las de los hombres, á lo que llamaban *omina* (1). Por efecto de la virtud que nuestros padres les atribuían, hacían preceder á todos sus actos de esta fórmula: «Que todo sea aquí bueno, favorable y afortunado;» á los sacrificios divinos, de esta otra: «Guardad silencio;» y en las fiestas públicas mandaban: «Absteneos de pleitos y disputas.» Así también, cuando los jefes revisaban una colonia, el general su ejército, en la enumeración del pueblo por el censor, se elegía para llevar las víctimas hombres que tuviesen buenos nombres. En los alistamientos cuidan los cónsules de inscribir á la cabeza algún soldado que tenga nombre de buen agüero, regla que has observado religiosamente como cónsul y jefe del ejército. La tribu prerrogativa la consideraban nuestros antepasados como presagio de comicios tranquilos.

XLVI. Citaré ejemplos muy conocidos de estos presagios. L. Paulo, cónsul por segunda vez, acababa de ser encargado de la guerra contra el rey Persio, cuando entrando en su casa aquella misma noche, observó al abrazar á su hija Tercia, muy pequeña entonces, que estaba profundamente triste: «¿Qué tienes, Tercia mía? la dijo.— Padre, contestó, Persio ha muerto.» Abrazando entonces estrechamente á la niña: «Acepto el augurio, hija mía,» repuso. El muerto era un perrillo que llevaba este nombre. He oído referir á L. Flaco, flamín de Marte, que Cecilia, hija de Metelo, queriendo casar á la hija de su hermana, la llevó, según la costumbre antigua, á la capilla para recibir el augurio. Hacía largo rato que la joven estaba de pie y Cecilia sentada sin que se escuchase ninguna voz, cuando cansada aquélla, preguntó á su tía si la permitía

---

(1) Agüeros, presagios.

sentarse un momento en su silla, contestando Cecilia: «Te cedo mi puesto con mucho gusto, hija mía.» Muy pronto confirmaron los acontecimientos el augurio: la tía murió á poco, y la doncella casó con el viudo. Comprendo desde luego que puedan despreciarse estas cosas, hasta ser objeto de burlas; pero igual es dudar de la existencia de los Dioses, que despreciar sus advertencias.

XLVII. ¿Qué diré de los augurios? Este asunto te pertenece, y á tí incumbe defender los auspicios. Durante tu consulado, el augur App. Claudio te dijo que, habiendo sido dudoso el augurio de salud, no tardaría en encenderse una guerra civil tan deplorable como funesta. Algunos meses después estalló aquella guerra que terminaste en pocos días. Nunca alabaría demasiado á aquel augur, el único que después de muchos años, no contento con las fórmulas augurales, practicó el arte de la adivinación; aquel de quien se burlaban tus colegas llamándole, en tanto augur Pisidiano, en tanto Sorano, porque pertenecían al número de los que no reconocían en los augurios ni en los auspicios ningún presentimiento, ninguna ciencia de la verdad futura, considerándolos solamente como supersticiones inventadas para agrandar á la ignorancia del vulgo. Nada, sin embargo, más lejano de la verdad, porque no puede suponerse en los pastores que rodeaban á Rómulo, ni en el mismo Rómulo, astucia bastante para inventar un simulacro de religión á propósito para engañar á la multitud. Pero la dificultad de aprender un arte complicado ha hecho perspicaz á la negligencia, y se prefiere sostener que los auspicios no son nada, á estudiar para saber lo que son. ¿Qué hay más divino que el auspicio de Mario que tú refieres? He lo aquí, porque me agrada citarte:

«El alado satélite de Júpiter toante, herido de improviso por la mordedura de una serpiente que se lanzó del tronco de un árbol, rasga con sus fuertes uñas al reptil medio muerto, cuya pintada cabeza amenaza todavía. La

serpiente se retuerce bajo los golpes del ensangrentado pico. El águila, vengada de sus agudos dolores, lanza al agua los restos palpitantes de su enemigo, y dirige su vuelo hacia la resplandeciente morada del Sol. Ve Mario al ave divina, de rápidas alas, y en ella el augurio que mandan los Dioses, el dichoso anuncio de su gloria y su regreso á la patria. El señor del cielo truena á la izquierda, confirmando así el mismo Júpiter el augurio del águila.»

XLVIII. En cuanto al augurado de Rómulo, pertenece á su vida pastoril y no á la urbana: no era una ficción destinada á engañar á la multitud ignorante, sino arte enseñado por sabios, y trasmitido á la posteridad. Como dice Ennio, Rómulo y su hermano, ambos augures,

«Deseando vivamente reinar, observan con igual atención los auspicios y augurios. Remo atiende por su parte á los auspicios felices, y contempla el vuelo favorable de un ave. Pero el hermoso Rómulo se coloca en lo alto del Aventino para observar las que se ciernen en los cielos ¿Cómo se llamará la ciudad, Roma ó Rémera? ¿Cuál de los dos hermanos conseguirá el mando supremo? Este es el objeto de la lucha. El pueblo espera impaciente la decisión, y se parece á la multitud curiosa que se agrupa á la entrada de la arena, alrededor del cónsul dispuesto á dar la señal que permitirá á los caballos franquear la pintada barrera. De la misma manera se aguita el pueblo, preguntándose con ansiedad á cuál de los dos hermanos coronará la victoria. Entre tanto el sol palidece y huye ante las sombras de la noche; pero muy pronto brilla pura luz en el horizonte, y en el mismo momento se lanza á la izquierda un ave tan hermosa como rápida. El sol aparece entonces radiante, y en seguida tres veces cuatro aves divinas descienden rápidamente del cielo y se posan en los parajes elegidos. Rómulo comprende al fin que este auspicio le da el poder y que en adelante descansará su trono en sólidos fundamentos.»

**XLIX.** Pero volvamos al punto de donde nos separamos. Si, no pudiendo demostrar por qué suceden estas cosas, pruebo que es cierta su existencia, ¿no habré contestado victoriosamente á Epicuro y Carneades? Hasta me atrevo á decir, confesando desde luego que la causa de la adivinación natural es más oscura, que se explica fácilmente la artificial. Por medio de observaciones continuas se ha consignado lo que presagian las entrañas, los fulgores, los prodigios y los astros. Toda observación continuada durante siglos consigue resultados maravillosos, que pueden alcanzarse sin el auxilio é inspiración de los Dioses, si se examina cuidadosamente lo que significa cada cosa, consignando el acontecimiento que la sigue. Viene después la adivinación natural, como ya he dicho, que puede, por razones físicas, referirse á la naturaleza de los Dioses; y como, según la opinión de los hombres más prudentes y doctos, nuestras almas no son otra cosa que emanaciones de esta naturaleza divina, y, por otra parte, todo está lleno de este espíritu divino y eterno, necesariamente hemos de experimentar el efecto de este parentesco con los Dioses. Pero durante la vigilia, subyugadas nuestras almas por las necesidades de la vida, se separan de esta sociedad divina, encontrándose sujetas por los lazos del cuerpo. Pocos son los que se separan, por decirlo así, de sus cuerpos y dedican todos sus cuidados al conocimiento de las cosas divinas. La ciencia augural de éstos no es resultado de inspiración superior, sino esfuerzo de la razón humana: la naturaleza es la que les descubre el porvenir y les hace prever las inundaciones y futuros incendios del cielo y de la tierra. Dedicados otros al gobierno de repúblicas, presienten muy de antemano, como el ateniense Solón, el nacimiento de la tiranía. Coloquemos estos últimos en el número de los hombres prudentes, es decir, previsores, pero no les demos el título de adivinos, ni más ni menos que á Thales de Mileto, quien para hacer callar á sus de-

tractores y demostrarles que, aunque filósofo, podría enriquecerse si quería, compró toda la cosecha de los olivos del campo milesio antes de que estuviesen en flor. Gracias á sus conocimientos, había previsto, sin duda, la abundancia de la recolección. También se dice que fué el primero que anunció el eclipse de sol que tuvo lugar bajo el reinado de Astyages.

L. Los médicos, los pilotos, los labradores prevén también muchas cosas; pero á nada de esto llamo adivinación, como tampoco á la predicción del físico Anaximandro, que advirtió á los Lacedemonios para que abandonasen sus casas y la ciudad, y acostarse armados en el campo, porque era inminente un terremoto, como así sucedió, derrumbándose toda la ciudad y desprendiéndose, como la popa de un barco, la cumbre del Taigeto. Pherecides, el maestro de Pitágoras, merece menos aún el título de adivino que el de físico, cuando, al observar el agua viva sacada de un pozo, anunció la proximidad de un terremoto. El espíritu humano sólo es apto para la adivinación natural cuando se encuentra completamente libre y desligado del cuerpo. Esto es lo que ocurre en los vaticinios y los sueños; dos géneros de adivinación que, como digo, admiten Disearco y nuestro amigo Cratippo; y pase que los coloquen en primer lugar porque son naturales, con tal de que no sean únicos. Si desprecian y niegan la observación, suprimen muchas cosas en que descansa la razón de la vida. Pero mucho nos otorgan concediéndonos los vaticinios y los sueños, por lo cual no debemos esforzarnos en combatir con ellos, especialmente cuando existen otros que rechazan toda especie de adivinación. Así, pues, los espíritus que despreciando su envoltura material se lanzan fuera de ella como inflamados y excitados por una manera de ardor, ven entonces con más claridad lo que predicen. Por muchas causas se inflaman estos espíritus aislados del cuerpo: una armonía, los cantos frigios, el silencio de los bosques y de

selvas, la vista de un río, la inmensidad de los mares les conmueven, y entonces, delirantes, penetran muy lejos en lo venidero. A esta adivinación pertenece aquélla:

«¡Mirad, mirad! Entre tres Diosas pronuncia memorable juicio, y este juicio trae en medio de nosotros una mujer lacedemonia, una de las furias.»

Muchos acontecimientos se han predicho de esta manera, no solamente en el lenguaje común, sino que también

«En los versos que cantaban en otro tiempo los vates y los faunos.»

A este número pertenecen los cantados por Marcio y Publio, y también podemos unirles las misteriosas respuestas del oráculo de Apolo. Creo además que existían ciertas emanaciones terrestres á propósito para enardecer la mente y que pronunciase oráculos.

LI. Esta es ciertamente la razón de los vaticinios, que sin duda es la misma de los sueños; porque estando dormidos nos ocurre lo mismo que á los adivinos despiertos. Nuestra alma se encuentra entonces libre de cuidado, estando el cuerpo yacente y como muerto. Viviendo desde toda la eternidad y acostumbrada al comercio con multitud de almas, ve todo lo que encierra el orden entero del universo, siempre que la templanza y sobriedad la permitan velar durante el letargo del cuerpo. Esta es la adivinación por los sueños. Aquí empieza la interpretación, no natural, sino artificial, de los sueños, según el método de Antiphón, aplicable también á los oráculos y vaticinios, que tienen intérpretes como los gramáticos lo son de los poetas. Así como la naturaleza divina habría criado inútilmente el oro, la plata, el cobre y el hierro, si al mismo tiempo no nos hubiesen enseñado el modo de llegar hasta sus venas; así como los frutos de la tierra y de los árboles serían inútiles al género humano si no conociésemos sus condiciones y cultivo, y todos los materiales quedarían sin

empleo si se nos hubiese ocultado el arte de construir; así, en fin, como todo lo útil que los Dioses han dado á los hombres va acompañado de alguna industria para poner en práctica la utilidad, así también las oscuridades y ambigüedades de los sueños, vaticinios y oráculos han dado lugar á las explicaciones de los intérpretes.

Mas ¿cómo ven los adivinos y soñadores lo que jamás ha existido? Cuestión importantísima es ésta, cuya solución será tanto más fácil cuanto mejor se estudien las que deben precederle. La naturaleza de los Dioses, que con tanta lucidez has explicado en tu segundo libro, contiene todos los datos necesarios para esta solución. Sencilla es, en verdad, la cuestión que se trata, si se nos concede que existen Dioses, que su providencia gobierna el mundo y que vela por todos los intereses, tanto generales como particulares. Si nos convencemos de esto, que me parece incontrovertible, dedúcese necesariamente que los Dioses revelan lo futuro. Pero debe distinguirse la manera de hacerlo.

LII. No admiten los Estoicos que los Dioses intervengan en cada hendidura del hígado ó en cada canto de las aves, cosa indigna, dicen, de la majestad divina é inadmisibile de todo punto; sosteniendo, por el contrario, que de tal manera se encuentra ordenado el mundo desde el principio, que á determinados acontecimientos preceden determinadas señales que suministran las entrañas de las aves, los rayos, los prodigios, los astros, los sueños y los furios proféticos. Los que saben observar estas señales no se engañan fácilmente. Las conjeturas falsas, las interpretaciones erróneas, no proceden de defecto natural, sino de la ignorancia del intérprete. Establecido y admitido que existe virtud divina envolviendo toda la vida de los hombres, fácil es entrever la razón de todo lo que ocurre ante nuestros ojos, porque esta influencia repartida por todo el mundo puede llevarnos á la elección de la víctima y en e.

momento del sacrificio puede cambiar las entrañas de manera que se encuentre en ellas algo de más ó de menos. Pocos momentos necesita la naturaleza para añadir, quitar ó cambiar, encontrando nosotros pruebas de esto en lo que ocurrió poco antes de la muerte de César. Cuando por primera vez se sentó en silla áurea y se presentó con traje de púrpura, el buey cebado que se sacrificó no tenía corazón. ¿Crees acaso que algún animal que tenga sangre pueda vivir sin corazón? Impresionado por aquel extraño caso, oyó con sobresalto declarar á Spurinna que podía temerse le faltase de pronto fuerza y juicio, puesto que la una y el otro proceden del corazón; al día siguiente el hígado de la víctima se encontró sin cabeza. Sin duda le mandaban estas señales los Dioses inmortales para anunciarle la muerte y no para que se preservase de ella. Si, pues, no se encuentran en las entrañas partes sin las cuales los animales no podrían vivir, puede creerse que han sido aniquiladas en el momento mismo de la inmolación.

LIII. El mismo espíritu divino obra en las aves, y por él vuelan hacia un lado ó hacia otro, se ocultan aquí ó allá, cantan en tanto á la derecha, en tanto á la izquierda. Porque si todo animal se mueve según le agrada, oblicuamente, hacia adelante ó hacia atrás; si recoge, inclina, extiende ó contrae sus miembros á voluntad y casi antes de haber pensado en ello, ¿cuánto más fácil debe ser esto á Dios, á cuyo poder todo obedece? Él es, pues, quien nos manda las diferentes señales de que hablan todas las historias, en las que vemos que si la Luna desaparece poco antes de que salga el Sol, en la constelación del León, era señal de que Darío y los Persas serían vencidos por Alejandro y los Macedonios, y hasta de que moriría Darío: ó bien si nacía en alguna parte una niña con dos cabezas, el pueblo estaba amenazado de sedición y la familia de mancha y adulterio. Si una mujer soñaba que daba á luz un león, la república en que esto ocurría debía caer bajo el dominio

extranjero. De este género es lo que nos refiere Herodoto: el hijo de Creso, niño mudo, había hablado, y el prodigio anunciaba la total ruina del reino de su padre y de su familia. ¿Qué historia no habla de la cabeza de Servio Tulio, coronada de llamas durante su sueño? Pero así como el que se entrega al descanso distingue claramente la verdad de sus sueños si su espíritu está tranquilo y si le ha nutrido con buenos pensamientos, así también la pureza é inocencia del alma es la mejor preparación para observar los astros, las aves y demás señales, como para el descubrimiento de la verdad.

LIV. De esta manera debe explicarse lo que nos refiere Sócrates, y que frecuentemente repite en los libros Socráticos, referente al espíritu divino, que llama demonio, que le retenía siempre, no le excitaba nunca y al que obedecía fielmente. Y el mismo Sócrates, ¿dónde encontrar mejor autoridad? después de exponer sus razones á Xenofonte, que le consultaba acerca de si acompañaría á Ciro, exclama: «En último caso, mi opinión no pasa de ser la de un hombre; por lo que pienso que, en los asuntos oscuros y dudosos, se debe acudir á Apolo, á quien los mismos Atenienses no han dejado de consultar en las circunstancias importantes.» Refiérese también que, habiendo encontrado á su amigo Citrón con un ojo vendado, y preguntándole la causa, le contestó que paseando en el campo, una rama que había doblado, al enderezarse, le había herido en el ojo. A lo que dijo Sócrates: «No me has obedecido cuando advertido, según costumbre, por un instinto divino, te he llamado.» El mismo Sócrates, después de la derrota de los Atenienses en Delio, bajo el mando de Laqueto, huía con éste, y habiendo llegado á la encrucijada de varios caminos se negó á seguir á sus compañeros y tomó otra dirección. Preguntáronle éstos por qué no seguía el mismo camino que todos, y contestó que un Dios le separaba. Los que siguieron aquella ruta cayeron en manos

de la caballería enemiga. Omito multitud de hechos semejantes recogidos por Antipáter y que demuestran maravillosa facultad de adivinación en Sócrates, y que siéndote conocidos, no necesito recordar. Pero sí citaré como último rasgo de aquel filósofo éste que me parece sublime y casi divino. Condenado por sentencia impía, dijo que moriría sin ningún temor, porque ni al salir de su casa ni en el momento en que se alzaba para defenderse, el Dios que acostumbraba á advertirle le había amenazado con ningún peligro inminente.

LV. Considero por mi parte que, á pesar de las probabilidades de errar, inherentes á la adivinación artificial y conjetural, existe sin embargo adivinación; pero en este arte, como en todos, los hombres están sujetos á error. Suceder puede que una señal que se ha dado como dudosa se considere como cierta, que otra escape al observador ó que no vea la señal contraria. Bastaráme, sin embargo, para probar lo que sostengo, encontrar, no diré considerable número, sino uno muy corto de acontecimientos divinamente presentidos y predichos. Y hasta me atreveré á decir: si un acontecimiento se ha presentido y predicho exactamente como ha ocurrido, y por nada ha entrado la casualidad en la realización de lo predicho, existe adivinación, y todos deben confesarlo.

Paréceme, pues, que, á ejemplo de Posidonio, debemos atribuir la fuerza y toda la virtud de la adivinación, primeramente á Dios, como ya dijimos, después al destino, y en último lugar á la naturaleza. La razón nos obliga á confesar que todo se realiza por el hado. Llamo hado á lo que los Griegos llaman *συναρμύνην*, es decir, una serie ordenada de causas ligadas entre sí y naciendo unas de otras. Tal es el manantial primero de la verdad eterna; por esta razón no ha sucedido nada que no debiera suceder, y nada sucederá cuyas causas eficientes no contenga ya la naturaleza. No es, pues, el hado lo que entiende la superstición, sino

lo que enseña la física, es á saber, la causa eterna de todo, la causa del pasado, del presente y del porvenir más remoto. De aquí nace la posibilidad de observar y de notar qué acontecimiento sigue inmediatamente á tal ó cual causa, y no diré siempre, porque esto es sin duda difícil de afirmar; esto es lo que verosímilmente concede á los furiosos y á los dormidos la facultad de descubrir las causas de las cosas futuras.

LVI. Como todo sucede por el hado (como se demostrará en otro lugar), si existiese un mortal cuyo espíritu pudiera abarcar el encadenamiento general de las causas, sería infalible; pues el que conoce las causas de todos los acontecimientos futuros, prevé necesariamente el porvenir. Pero ya que nadie puede hacer, esto sino Dios, dejemos al menos á los hombres la facultad de presentir lo venidero por medio de las señales que lo anuncian. Las cosas futuras no brotan de repente; sucede con la sucesión del tiempo como con la cuerda que se desarrolla; nada hay nuevo, sino que todo es repetición continua de los mismos acontecimientos, como saben los que se dedican á la adivinación natural y al conocimiento de lo futuro por la observación de las señales. Aunque éstos no ven las causas mismas, observan, sin embargo, sus muestras y señales, y con el auxilio de la meditación y de la memoria crean, apoyándose en los monumentos del pasado, la adivinación llamada artificial, la que se ejerce sobre las entrañas, los fulgores, los prodigios y fenómenos celestes. No debe, pues, extrañar que los adivinos presientan lo que no existe todavía en ninguna parte, porque todo existe simultáneamente, pero se realiza en el tiempo. De la misma manera que la semilla encierra ya lo que ha de nacer, así las causas contienen el porvenir entero. Este es el porvenir que ve el espíritu inspirado ó aislado durante el sueño y que presentan la razón ó las conjeturas. A ejemplo de los que conocen y predicen con mucha anticipación la salida,

ocaso y revoluciones del sol, de la luna y de los demás astros, los observadores del curso de las cosas, los que, merced á prolongado estudio, han comprendido el orden y encadenamiento de los sucesos, prevén siempre, y si esto parece muy aventurado, con mucha frecuencia, y si esto no se concede tampoco, algunas veces al menos, lo que ha de suceder. Estos son los argumentos principales que se obtienen del hado y que prueban la existencia de la adivinación.

LXVII. La naturaleza nos suministra otra prueba, fundada en la fuerza y vigor del alma, libre de los sentidos, como se encuentra especialmente en el sueño y en los éxtasis. Así como los Dioses, sin el auxilio de los ojos, los oídos ó la lengua, penetran en lo que cada cual piensa, de lo que resulta que cuando los hombres hacen votos ó promesas en secreto, no duden que los Dioses les oyen; así también nuestra inteligencia, libre de los sentidos por el sueño, ó entregada, por consecuencia de fuerte excitación, á su propio movimiento, descubre lo que su comercio con el cuerpo le impide en otras circunstancias conocer. Estas advertencias de la naturaleza no pueden encontrarse en el género de adivinación que hemos dicho ser producto del arte: sin embargo, Posidonio lo intenta en cuanto puede, considerando en la naturaleza algunas señales de lo futuro. Así es que Heráclides Pontico escribe que los habitantes de Ceos observan todos los años con atención suma la salida de la Cántula, y entonces conjeturan si el año será saludable ó pestilencial. Cuando esta estrella se presenta oscura y nebulosa, anuncia, según creen, aire denso, pesado y peligroso para la respiración; si, por el contrario, aparece pura y brillante, significa aire puro, ligero, y por consiguiente saludable. Demócrito considera que los antiguos establecieron sabiamente el examen de las entrañas de las víctimas, porque el estado y color de estas entrañas suministran señales que no se refieren solamente á las

condiciones saludables ó nocivas del aire, sino que se relacionan también con la fertilidad ó aridez de los campos. A estas observaciones fundadas en la naturaleza, la experiencia y el estudio añaden diariamente nuevos esclarecimientos. Parece que conocía poco la naturaleza aquel pretendido físico del *Criseas* de Pacuvio.

«Escuchad, si os place; pero no creáis á los que comprenden el lenguaje de las aves, y no sabiendo nada por sí mismos, lo ven todo en el hígado de las víctimas.»

¿Y por qué? pregunto yo. No dices tú mismo pocos versos despues:

«Ese sér, quienquiera que sea, forma, alimenta, desarrolla, crea y absorbe en sí todas las cosas. Él es el padre de todo; nacido todo de él, en él desaparece.»

¿Cómo, pues, si tenemos todos el mismo origen, una patria común, si nuestras almas han existido siempre y siempre han de existir, estas almas no podrán discernir las causas y significación de las cosas?

LVIII. Esto es lo que tenía que decir acerca de la adivinación. Ahora declaro que rechazo los sortilegios, los vendedores de la buena ventura y los psicománticos, á quienes tu amigo Appio solía consultar.

«Desprecio los augures de los Marsos, como también los arúspices de aldea, los astrólogos de plazuela, los vaticinadores de Isis y los intérpretes de sueños. A todos ellos hemos de considerarlos como holgazanes, hombres sin arte, sin estudio, tan supersticiosos como impudentes. No saben dónde ir, y quieren guiar á los demás. Piden una dracma en pago de los tesoros que nos prometen. Deduzcan la dracma y que nos den lo demás.»

Esto dice Ennio, que pocos versos antes reconoce la existencia de los Dioses, pero añadiendo que no se cuidan de lo que hace el género humano. Convencido yo de que

si se cuidan, que nos advierten, que nos predicen muchas cosas, admito la adivinación, rechazando sin embargo la ligereza, vanidad y malicia.

Habiendo hablado así Quinto, le dije: Bien preparado ciertamente...

*(Aquí existe una laguna no muy extensa.)*